

Maria, la elegida de Dios, no es arrancada de su pueblo y su tierra, sino que la reconocemos en ella, en su tierra. La manifestación de Dios a los hombres se llama Encarnación, y esta Encarnación no se concreta en una conciencia de Existencia en la historia. Existe como protagonista de hechos y acontecimientos que cambian los valores personales y aumentan la justicia, el amor, la capacidad de convivir pacíficamente con el mundo. El don que Maria nos hace, es el de revelar a Dios que se digna de los honores de corazón altivo, que desmita a los poderes de su tiempo i a sus locas humildades. Hay otros lugares en la tierra donde Maria se cunta de altitud y esperanza como en España. Desde NUESTRO MONTENESTRO hasta el TAIWANESE, la AMERICANA, la ARGENTINA, he visto a muchas gentes que confiamos a Maria su impotencia frente al sufrimiento. Se le ingenua, me ha hecho descubrir la grandeza de la culpa de quienes abusan de ella, de la que tienen más de humano, de su esfuerzo y su cuerpo.

Los países estamos descubriendo en la imagen de Maria que un día el Evangelio; la que viene a poner en la tierra un fermento de liberación, que sacude sus cimientos y que imprimen el ritmo del "desmoronamiento a los poderosos y exalta a los humildes". Maria puede purificar la lucha por la justicia, del odio que cada hombre tiene en si y dar a esta lucha ardua un objetivo que no sea el miserable descubrimiento por la sociedad capitalista de lograr sólo un rescate de confort, sino la verdadera dignidad del hombre. Se engloba el país, el trabajo, la casa, la educación, la participación activa en la decisión, la igualdad de derechos; así se realiza verdaderamente persona y gozamos aquí, hoy la tierra, en la dulzura y plenitud que Cristo dio a su y destino a todo.

El canto de Maria no es "en el aire" sino que surge de la tierra, de esta historia encarnada que vivimos. Sin embargo se oye que se eleva de la tierra es un canto de alegría. Solo si, una una alegría a ver que el momento que Dios hizo al hombre pueden cumplirse, solo si oye la corriente subterránea de nuestra libertad y nuestra historia, es posible cantar y sentir alegría.

El canto de Maria suena con una dulzura, con un optimismo, con una plenitud, comparable sólo con los que hay en los cantos de algunos -cristos- momentos de nuestra juventud, en aquellos momentos de ausencia del mal, del vacío de la historia, que debemos recordar siempre para sobreponerlos a los hombres y la historia que se vuelve contra nosotros.

El canto de Maria, anuncia el tremendo juicio de los desposeídos, la verdadera y grande victoria de la justicia, de la debilidad, de la cruz.

15 agosto 1975